

El amor y sus parientes

El programa del concierto de hoy lleva al público en un viaje polifacético y fascinante a través de más de dos siglos de historia de la música: desde la música clásica vienesa y la expresión romántica hasta los estados de ánimo impresionistas, el modernismo soviético de múltiples capas y la pasión sonora del tango nuevo. El amor y el sufrimiento son probablemente dos de las emociones más intensas que sentimos como humanos, con motivos muy diferentes capaces de causarlas. Pero, ¿hasta qué punto pueden sonar diferentes los planteamientos de distintos compositores?

A partir de la última sonata para violonchelo de Beethoven op. 102 nº 2, el primer movimiento se abre con un fresco Allegro con brio en Re mayor, a pesar de la salud física y mental de Beethoven. Tenía motivos más que suficientes para estar resentido. Escrito después y durante las guerras de conquista de Napoleón, el primer movimiento tiene un carácter casi militar, con un comienzo de motivo corto, típico de Beethoven en aquella época. En la contraparte encontramos líneas muy afectuosas y cantarinas en la parte del violonchelo y el piano, que se reduce casi exclusivamente a dos voces. La forma sonata de la época sólo es reconocible de forma rudimentaria; hay constantes interrupciones y rápidas modulaciones a través de las teclas, un paseo salvaje que no podría ser más contrastante con el segundo movimiento. En un tono sentimental, el movimiento comienza con un coral que casi recuerda al entierro (del propio compositor).

Exceptuando la enérgica parte central del amor pasado, todo el movimiento se caracteriza por un pulso eterno, un latido, un reloj que nos recuerda el inevitable paso del tiempo. Volviendo a este pulso tras el florecimiento del amor pasado en la parte media, el movimiento casi termina como empezó. Parece que Beethoven se atreve a imaginar lo trascendente mientras mira detrás de las cortinas de su mundo finito, donde el tiempo se ha detenido, mientras las líneas se extienden hasta el infinito.

Por supuesto, como en sus últimas palabras "plaudite, amici, comoedia finia est" o en el clímax de la 9ª sinfonía, Beethoven sigue siendo irónico y escribe, lo que es casi una broma: una simple escala. Casi se puede suponer que la siguiente fuga, que se convierte en doble fuga, es el primer brote de la posterior "gran fuga" op. 130. Una fuga sin precedentes se desarrolla a un ritmo salvaje a través de cascadas y modulaciones, algo apenas comprensible en aquel momento, como afirmaron los críticos la época.

Beau Soir" de Claude Debussy nos transporta a un mundo sonoro completamente distinto. En esta composición de un poema de Paul Bourget, las palabras y el sonido se funden en una delicada imagen impresionista de una apacible velada. Este arreglo para violonchelo y piano es una prueba de la versatilidad de la rica imaginación de Debussy.

Con el Adagio y Allegro, Op. 70, de Robert Schumann, el programa regresa al sonido característico del periodo romántico. Compuesta originalmente para trompa, la obra es tan inmediata en su intensidad emocional que pronto se popularizó en versiones para otros instrumentos. El diálogo entre el íntimo Adagio y el enérgico Allegro refleja la agitación emocional típica de Schumann. Un tipo muy especial de sufrimiento por amor puede ser

expresada con largos arcos y un cuidado por cada matiz de emoción en el Adagio, pero ya hay momentos de alegre exuberancia. La emoción desbordante del Allegro, que se adapta a la interpretación del violonchelo, es suficiente para llenar todo el movimiento del Allegro con múltiples repeticiones y reflexiones al primer movimiento.

Dimitri Shostakóvich escribió su primera Sonata op. 40 cuando ya había terminado sus estudios, observando los primeros signos de su incipiente fama mundial como compositor. Sin embargo, ya desde el comienzo del primer movimiento, con un tema que podría ser tranquilo, se percibe la inquietud de la persecución política. Instantes después, la primera pequeña discusión mantiene la tensión constante, que más tarde se convertirá en material para disputas de mayor envergadura. Shostakovich estaba recién casado, en su segundo intento. ¿Por eso encontramos temas desprendidos de amor soñador entre la inquietud? Después de todos los estados de ánimo cambiantes de este movimiento, el miedo a llamar la atención, a haber cometido un error o a ser deportado es demasiado grande: quedarse quieto y sumiso parece al final la opción más segura.

La revolución industrial está en pleno apogeo, con un carácter mecánico e implacable que no deja espacio para el aliento humano. Insoportable y ruidoso - pero la imagen forjada con un mazo sólo dura poco antes del largo y extendido Largo. Casi ninguna armonía se resuelve, las líneas quebradizas sólo conducen a una niebla indiferente, la resignación imaginada hace que toda rebelión parezca inútil. El Allegro del último movimiento es probablemente la respuesta sarcástica de Shostakovich a la sociedad a la que se enfrentaba. Empujando las posibilidades de los instrumentos con furiosas carreras en el piano, acuña los clichés de un final clásico.

La Oración de Ernst Bloch forma parte de su ciclo De la vida judía. Una sentida plegaria, que interpretamos en conmemoración al final de la guerra, hace justo 80 años y unas semanas.

La última pieza es "Graciela y Buenos Aires", de José Bragato, una obra que combina las posibilidades de este dúo clásico con la intensidad emocional del tango argentino. Bragato, violonchelista y compañero cercano de Astor Piazzolla, expresa en esta pieza la pasión y la melancolía de su tierra natal. Es un final animado, aunque agrisado, del tango nuevo, fuera de los temas conocidos.